

BOXEO
DE SOMBRA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 12

BOXEO DE SOMBRA

por

Rodrigo Díez Gargari

*F*ICTICIA

MÉXICO
2008

BOXEO DE SOMBRA

D.R. © Rodrigo Díez Gargari

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México, D.F.

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Foto del autor: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Cuidado de la edición: Luis Bernardo Pérez

www.ficticia.com

ficticia@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: 2008

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN 978-968-5382-69-4

Impreso y hecho en México

Para Adriana

*Pero, tal vez, no haya sido lo suficientemente claro.
En suma, no pregunten cómo acabó. Todo acaba mal.
Incluso cuando la criatura se eleva sobre su
enferma naturaleza y supera sus instintos, su caducidad...*

Tommaso Landolfi

EL CONSTRUCTOR

DE GOLES

Poseía el don de saberse un artista. Se le notaba en el modo de andar despreocupado y en la arrogancia con que desdeñaba los insultos o la falta de reconocimiento: a pesar de todo, tenía la certeza de que su labor era imprescindible. Odiado por buena parte del país, pocos comprendieron la importancia de Salvatore Cesarini y su invaluable aportación al fútbol.

Un observador irreflexivo podría condenar sus actuaciones; hace falta una mirada crítica a su carrera para descubrir la grandeza del árbitro italiano. Basta acudir a fuentes menos superficiales que los juicios de sus detractores: una encuesta realizada por la *Gazzetta dello Sport* en 1955 sobre los mejores goles de la historia en la Serie A, da un indicio sobre la labor de Cesarini: de los diez goles seleccionados, nueve comparten algo en común: al gran Salvatore.

De esos nueve, aceptarlo es forzoso, cinco se llevaron a cabo en circunstancias dudosas, por decir lo menos; un poco de honestidad obligaría a afirmar que, de acuerdo con el reglamento, debieron ser anulados, ya por una posición adelantada, ya por un puñetazo en el área. Pero resulta estéril el empeño por encontrar, al día de hoy, goles más hermosos en campos italianos. Y no es casualidad sino fruto de un talento peculiar del señor Cesarini: cuando un jugador recibía el balón en circunstancias

favorables, le bastaba un rápido examen de la mirada, de la postura, tal vez de la respiración, para saber, con la misma certeza que reconocía a Italia como la mejor selección del mundo, si aquel jugador lograría anotar un gol o si pasaría a engrosar la estadística de disparos errados. Nada lo molestaba más que una oportunidad desperdiciada, que, luego de un movimiento magistral, el delantero soltara un mal disparo. Le parecía una irresponsabilidad privar a los espectadores de los trazos de un artista; un crimen merecedor de castigo.

Si veía un posible fracaso, pitaba de inmediato y señalaba una falta inexistente o un fuera de lugar inverosímil; si, en cambio, intuía el gol, se negaba a marcar las patadas más desvergonzadas. La satisfacción de considerarse a sí mismo como un artífice más de la anotación, le daba la entereza suficiente para soportar los insultos y los proyectiles arrojados desde las tribunas.

Oriundo de Roma, nunca mostró particular afición por el equipo local y, a decir verdad, por ningún otro. Sus piernas enclenques y su cojera jamás representaron un obstáculo. Todo lo contrario. Le facilitaron el camino: si quería ser parte del juego, su única opción era convertirse en árbitro.

Como todo niño italiano, nació amando al fútbol, pero a diferencia de los demás, los hados lo favorecieron y le mostraron un camino inequívoco: nunca vivió la frustración derivada de un empeño inútil por convertirse en futbolista. Además, el apoyo incondicional de sus compañeros de escuela lo ayudó a tomar la determinación de ser árbitro: de pequeño era el último en ser escogido para los equipos e, invariablemente, lo relegaban a la posición que, de manera absurda, se supone la de menos talento: defensa central.

Un día en que un delantero se arrojaba sobre la portería que él debía proteger, sintió algo extraño dentro de sí: lo-

gró ver con toda claridad que el jugador anotaría —a menos que él lo evitara— un gol hermoso. Lo dejó pasar sólo por curiosidad y el resultado fue un gol que se comentó por toda la escuela esa semana. Salvatore se sintió orgulloso y contó el suceso con un tono de dignidad que ninguno de sus compañeros entendería. Ese fue el momento en que descubrió su talento: no es que no pudiera detener el embate del adversario sin cometer infracción o que fuera un mal defensa; en realidad, él no quería detenerlo.

Entonces decidió confiar en su intuición y, al cabo de dos meses, su capacidad estaba desarrollada al máximo: jamás volvió a errar en alguna de sus predicciones. Debido a una franqueza increíble para un niño de doce años, reconoció que su talento como futbolista era nulo, pero no por eso renunció al deporte: le quedaba el arbitraje, correr por la cancha y propiciar jugadas inolvidables. Nada más. La gloria de chutar el balón era para otros. Disfrutaba asistir al estadio, eso sí, pero no le importaban los equipos, su única preocupación era presenciar obras maestras: lo mismo le daba Padova que Lazio, Roma que Bologna. Era lo que en términos estéticos se llama un contemplador neutral y desinteresado, un esteta del deporte sin ningún tipo de inclinaciones o favoritismos.

El primer encuentro que arbitró en la Serie A fue en 1935, cuando tenía cuarenta y tres años. Un Juventus vs. Ambrosiana Inter que terminó 2-1 a favor de la *Vechia Signora*, con soberbios goles de ambas escuadras, incluyendo uno de los mejores de Felice Borel. La prensa criticó algunas decisiones del árbitro debutante que, en opinión del cronista deportivo Francesco Riva, “favorecieron descaradamente a los locales”. Al final del partido, un reportero le preguntó en tono irónico al árbitro qué le había parecido el juego. Él contestó —aún con la respiración cortada lue-

go de noventa minutos de esfuerzo, la mirada perdida, el pelo revuelto por las carreras en el campo, y esa manera suya de echar los hombres hacia adelante— que había sido un gran partido. Esa semana la *Gazzetta dello Sport* publicó la respuesta: “Fue un gran partido; los tres goles fueron bellísimos”. Renglones arriba el encabezado decía: SALVATORE CESARINI, ¿ÁRBITRO O SEGUIDOR?

Una vez consolidada la fama de parcial, jamás pudo sacudirse el fardo. Pero la acusación se alejaba de la verdad; basta ver los resultados de los juegos en los que participó para comprobar que jamás tuvo preferencias. Un día anulaba un gol al Milán y luego le permitía dos; una semana favorecía a Roma y a la siguiente no le marcaba nada. La única virtud arbitral reconocida unánimemente fue la de su condición física y su entusiasmo: no paraba de correr y jamás se distanciaba del balón más de diez metros. Nada disfrutaba más que un trazo largo y arrancar a toda velocidad detrás del esférico. En lo que respecta a su compromiso con la profesión, jamás se negó a silbar un sólo partido y llegó a arbitrar tres en un sólo día. Si bien sospechaba que su carrera como árbitro sería corta debido a la edad, eso lo tenía sin cuidado: el primer paso para cubrir su mayor anhelo —pitar en un Mundial— estaba dado: ser árbitro de la Serie A italiana.

Su dedicación al fútbol no le permitió acercarse a ninguna otra actividad. Jamás tuvo el tiempo ni las ganas de casarse y formar una familia; su vida transcurrió tranquila entre partido y partido, con algunos momentos ocasionales de verdadero júbilo. Sin bien la vida le brindó algunas alegrías, fueron más los fracasos que las victorias: presenció goles como aquel tiro libre de Puskas contra el Atlético de Madrid, cuando el húngaro tuvo que repetir el gol porque el árbitro no había pitado: Puskas

anotó dos goles idénticos y era inútil anularlo de nuevo, podía meter ese gol cuantas veces quisiera. Desgraciadamente no vivió para ver a Maradona anotar un gol con la mano.

Uno de los momentos más funestos de su vida fue en 1938. Luego de que Italia alzara la copa en 34, el país de la bota experimentó un declive notable en la formación de árbitros; parecía que todos querían ser jugadores y poco les importaba sostener un silbato cuando podían defender los colores patrios. Esa fue la razón por la que la Federación se vio obligada a proponerlo para Copa del Mundo de Francia. Dada la escasez de silbantes y que el entusiasmo de Salvatore Cesarini valía por el de dos o tres árbitros, el nombramiento era ineludible. Para su mala fortuna, un ingrato de la *Vechia Signora* no pudo entender su labor: después de que el silbante señalara un falso fuera de lugar, el jugador no pudo contenerse y se lanzó sobre el de negro. El resultado: fractura de tibia y peroné un mes antes de la fiesta mundialista.

En un principio se desmoronó, el destino del torneo quedaría en manos de árbitros cachazudos sin el valor suficiente para arriesgar su físico y reputación en aras del deporte. Y la oportunidad era inigualable: no quería perder la ocasión de ayudar a Zsengellér o al brasileño Leônidas en la realización de sus goles. Sin embargo, su pesar disminuyó cuando Uruguay, ofendida con los europeos que rechazaran la invitación al Mundial de 1930, no iría a la justa mundialista: prefería eso a que un mal árbitro arruinara las jugadas de los sudamericanos. Le tomó un año entero volver a las canchas pero durante la temporada 1939-40 hizo una exhibición soberbia de su talento: aquel torneo italiano aportó a la historia seis de los diez goles de la lista de la *Gazzetta*.

La Segunda Guerra Mundial provocó la suspensión del Mundial de 1942. Su última oportunidad de jugar con las estrellas del mundo se desvaneció; la reputación y la edad pesaban mucho.

La oposición que mostró ante el conflicto bélico le acreó la fama de defensor de la dignidad humana, aunque él sólo se oponía a la guerra porque le quitaba la oportunidad de brindar lo que mejor sabía hacer. Perseguido por la policía de Mussolini, se vio obligado a emigrar a Inglaterra; pero su fama de mal árbitro —injusticia atroz— cruzó el Canal de la Mancha y la federación inglesa se negó a sumarlo a la fila de nazarenos que, según los propios ingleses, era la más selecta del mundo.

Durante los cuatro años que vivió en Inglaterra trabajó en una fábrica encargada de suministrar armamento al ejército británico.

De regreso a Italia, le fue imposible conseguir empleo como árbitro profesional debido a su edad; tuvo que conformarse con pitar en ligas infantiles y juveniles. Aunque eso lo libró de los insultos de los jugadores, no sucedió lo mismo con los furiosos padres de familia, incapaces de comprender a Cesarini.

Dos meses fueron suficientes para perder el trabajo. Impelido por una necesidad apremiante, se lanzó a buscar un empleo: si bien no asistiría al Mundial como árbitro, sí podía hacerlo como espectador. Sin embargo, debió conformarse con leer las crónicas en los periódicos y observar una que otra foto de los jugadores.

Un antiguo conocido de Cesarini, ex líder de un grupo de oposición a Mussolini, y ahora director de un diario de izquierda, le consiguió trabajo como corresponsal deportivo en el periódico *En pie de lucha*. Eso resolvió sus anhelos, pues una de las obligaciones principales como corres-

CONTENIDO

EL CONSTRUCTOR DE GOLES.....	11
UN COBARDE CON NOMBRE DE VALIENTE.....	21
LA SONRISA DEL DEMIURGO.....	29
EL ROSTRO DEL NIÑO.....	35
EL MURMULLO DE LA MUERTE.....	45
TELAMÓN.....	53
CONFESIONES DE UN ESCÉPTICO.....	59
BOXEO DE SOMBRA.....	71
EL HIJO DEL COHETERO.....	77

«BOXEO DE SOMBRA»

DE RODRIGO DÍEZ GARGARI SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN 2008 EN LOS TALLERES DE
IMPRESOS VACHA S.A. DE C.V.

JUAN HERNÁNDEZ Y DÁVALOS No. 47, COL. ALGARIN
DELEG. CUAUHTEMOC, C.P. 06880. MÉXICO, D.F.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES